

# RIAS TA

## ciones

las que se impor-  
s productos refe-  
industriales y sobre  
ganaderos; con el  
ón y recaudación  
ctuada por la Ad  
aplicación depen-  
Junta Regional.  
continúa el resto  
cabe duda algu-  
un defecto que  
culo, si no fuera

sentido positivo y  
una, que los or-  
los para el estu-  
co-Fiscal de Ca-  
es, sino que po-  
suficiente para  
española, y otra  
de que las Islas  
a mucho mayor  
Península. Por  
s soluciones de-  
r a la resolución  
No creo que esto  
e contrapropuestas  
ta de un problema  
los políticos que  
reparar el camino  
rísticas, que ur-  
dan ser posibles.  
conozco las ra-  
lose de los as-  
que los resulta  
muestran la ne-  
as razones, ya  
in proyecto de  
soluciones efi-  
tal aspecto.

## cibió

zo heroico de  
e, en busca de  
n dura lucha  
uego, han he-

zos acogieron  
señor Sán-  
don Andrés  
Hizo luego  
a el inspector  
mé Nieto Bae-  
ció la diferen-  
tiento de San-  
los componen  
Albergue del  
es, al mismo  
ta estancia en  
bergues, dijo  
ena, tienen la  
e que, a tra-  
ogra una ne-  
a, un acerca-  
Magisterio de  
giones espa-  
que a Cana-  
de respecta-  
ación y mejor  
toda la geo-

lva de aplau-  
labras del se-  
En los salo-  
tiento, se sir-  
rigeria a los  
la embajada  
pañol. Duran  
por el jefe  
E. M. señor  
o por el ins-  
artolomé Nie-  
resaltar el  
Ayuntamien-  
or las múlti-  
cibidas.

## ENDE

e Villa Ascen-  
s calles, 310  
casión. Infor-  
2.19.14.

# PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ

Por Juan Antonio  
Padrón Albornoz

## DONDE DUERME LA VIEJA CIUDAD



Santa Cruz guarda rincones en los que el tiempo parece dormido; son lugares con sosiegos de antaño y que invitan al diálogo inútil, intrascendente, con amigo que no tenga prisa y al paso moroso y sensitivo de paseante. Cerca, indiferente, la ciudad se envuelve en la capa sonora del tráfico y, con orgullo, lanza en vertical hierro y cemento en conquista utópica de las escasas nubes que corren al incendio de la tarde que muere.

La flecha pétrea de la vieja iglesia se alza y trata de dominar con su altura señera las cercanas chimeneas industriales que manchan el azul claro y trémulo; sus negros penachos ponen rúbrica de "steamer" y hacen evocar los ya idos tiempos—verdadero rincón de alegoría— del Santa Cruz carbónero.

El redondo, humilde callao, cubre la calle centenaria y pone en ella su impronta marinera; polvorientos, los árboles escasos se esfuerzan por hacer resaltar su gracia, pero consiguen alegrar la estampa de la cercana plaza.

El cemento pone su nota vulgar y nueva; ofende a las deterioradas mansiones de antaño con nobles, mudas fachadas y anchas portaladas. En lo alto, el tocado de tejas canarias—aire de viñeta policroma y convencional—acentúa el tiempo del romanticismo y la elocuencia; las historiadas puertas y ventanas parecen sonreír bonachonamente y toman aire condescendiente, de humillado poderío, de domesticada importancia.

Desde el alto mirador, la ciudad aparece tendida y desplegada como un vuelo de gaviotas; clavada en la playa y sedienta de brisas se mira en su mar libre y también en la que, mar interior, de puerto, se amansa y dulcifica perdiendo sus ímpetus agresivos.

En el espejo de la mar en siesta, la vieja ciudad mira su pasado y descubre los mismos reflejos de soles ya muertos que Gómez de la Serna encontraba en la infinita variedad del Rastro madrileño. Un lento carguero de estampa decrépita, con el minio rojo parcheando su casco, recalca del Sur a la exigua máxima; sobre las amplias cubiertas, los troncos enormes que fueron árboles en el bosque espeso y tropical, de la lejana Guinea. Con rumbo opuesto navega un hermoso y rápido "liner" partiendo su proa las aguas con elegancia y suavidad mientras, tras él, la estela se espacia en vasta y mansa oleada.

Cuando ambos se cruzan, quedan proyectados por un momento sobre la selva frenética de nubes algodonosas que han ido surgiendo por el lindero lejano del mar acerado.

La vieja calle se empapa de crepúsculo. Hay en ella como un espíritu lleno de sonrisas y piedad; entonces en ese instante mágico del mutis solar, tenemos la sensación de que todo lo que nos rodea da la impresión de cosa bien hecha—como los antiguos muebles— hecha concienzudamente, honradamente, para que de verdad dure.

De un oscuro almacén surge la procesión lenta que va depositando géneros en un camión que, con su línea nueva rompe la armonía, un tanto dieciochesca, del ambiente. Desentona la línea moderna; aquel es lugar para trajín de acerradas llantas, ejes sin engrasar y arres indignados de carreos.

Sobre la negrura de la noche que llega una chimenea se adorna con gallardete de terciopelo y el acompasado latir de máquinas, en vela perpetua, parece acentuar su canción metálica y silbante. El encanto se rompe ante el triunfo de la Máquina y pasado y presente se disorcian de nuevo.

Viene a la mente la frase del cantor de la cárcel de Reading—"quien mira al pasado no merece tener un futuro"—y pienso que el pasado hay que amarlo como tal pasado y no deseando fuese todavía presente. Pero no podemos menos que exceptuar de este criterio el pasado personal, el propio tiempo niño.

El viento de la tarde, sobre las montañas ya en sombra, llega a la vieja plaza y al viejo Santa Cruz en que, como árbol viejo, anida un canto adolescente, un espíritu que, cargado de años, historia y recuerdos, se mantiene joven ante el tiempo que roe, pule, mancha y muere.

En el aire oscuro, sólo la cercana canción del mar suena. Y lo hace como en años idos, cuando aún aquel sector de la ciudad vieja — entonces nueva — más cerca de ella se en-

lva de aplau-  
labras del se-  
En los salo-  
iento, se sir-  
rigeria a los  
la embajada  
pañol, Duran  
por el jefe  
E. M. señor  
o por el ins-  
artolomé Nie  
resaltar el  
Ayuntamien  
or las múlti-  
cibidas.

**NDE**

e Villa Ascen-  
s calles, 310  
cación. Infor-  
2.19.14.

**AD**

don Domingo  
do; hijos doña  
n Antonio Isidro  
estimado amigo  
s políticos, don  
ales Rodríguez y  
Pérez Rolo; her-  
omingo y demás  
ificamos nuestra  
lencia.

falleció ayer en  
a la avanzada  
ños, la respetable  
Candelaria Her-  
na, viuda de don  
to, causando su  
ndo pesar en el  
de sus relacio-  
r las dotes de  
prendas de ca-  
tinta.

de sus restos  
ltima morada se  
na y 30 de hoy.  
don Juan, doña  
ncisco, don Nor-  
fulián Domingo  
z, hijos políti-  
liares, acom-  
entimiento.

en espíritu lleno de sonrisas y p...  
tante mágico del mutis solar, tenemos la sensación de que to-  
do lo que nos rodea da la impresión de cosa bien hecha—co-  
mo los antiguos muebles— hecha concienzudamente, honra-  
damente, para que de verdad dure.

De un oscuro almacén surge la procesión lenta que va  
depositando géneros en un camión que, con su línea nueva  
rompe la armonía, un tanto dieciochesca, del ambiente. De-  
sentona la línea moderna; aquel es lugar para trájim de ace-  
radas llantas, ejes sin engrasar y arres indignados de carre-  
ros.

Sobre la negrura de la noche que llega una chimenea se  
adorna con gallardete de terciopelo y el acompasado latir de  
máquinas, en vela perpetua, parece acentuar su canción me-  
tálica y silbante. El encanto se rompe ante el triunfo de la  
Máquina y pasado y presente se disorcian de nuevo.

Viene a la mente la frase del cantor de la cárcel de Rea-  
ding—"quien mira al pasado no merece tener un futuro"—y  
pienso que el pasado hay que amarlo como tal pasado y no  
deseando fuese todavía presente. Pero no podemos menos que  
exceptuar de este criterio el pasado personal, el propio tiem-  
po niño.

El viento de la tarde, sobre las montañas ya en sombra,  
llega a la vieja plaza y al viejo Santa Cruz en que, como árbol  
viejo, anida un canto adolescente, un espíritu que, cargado de  
años, historia y recuerdos, se mantiene joven ante el tiempo  
que roe, pule, mancha y muerde.

En el aire oscuro, sólo la cercana canción del mar suena.  
Y lo hace como en años idos, cuando aún aquel sector de la  
ciudad vieja — entonces nueva — más cerca de ella se en-  
contraba y los verdes penachos de las palmeras, junto con  
la flecha vegetal de la araucaria, se mecían al ritmo suave  
de la brisa que llegaba de la mar abierta y libre, de la que,  
en la playa cortada por el viejo "muellito" carbonero, es só-  
lo un recuerdo del Santa Cruz que fue.

Hoy, como antes, la estrella de la mañana arde en lo al-  
to, en un cielo que, poco a poco, se tiñe de añil en los ama-  
neceres que son preludio de mañanas y tardes en que el sol  
aturde y ciega con sus dardos de fuego.

El verano pasará y, mares de tierra adentro, bajarán, —  
turbias, revueltas y furiosas — en busca de la mar salada  
que, con ellas, parece pretende calmar su sed, que no su ham-  
bre insaciable y eterna de barcos.

En el rincón amable de plaza, reposa la cruz viajera.

Allí, a la vera del mar, bajo la misma brisa que la aca-  
rició en la vieja Plaza Real, duerme y sueña el mármol mien-  
tras el arco de la vida traza su arco sobre los jardines que  
verdean.

Aire, luz y sol.

Santa Cruz viejo y, por paradoja, siempre nuevo, siem-  
pre actual. En el cielo violeta, ya alguna estrella clara y so-  
bre el recio macizo de Anaga cabalga, rápida, la noche que  
da muerte a su paso, alocado, a los colores del día.

Allí duerme el viejo Santa Cruz. Allí descansan los vie-  
jos, centenarios caserones, que nos traen a la mente los lien-  
zos del recuerdo, que nos abren las galerías — siempre gra-  
tas — de años que fueron, galerías del alma con clara luz ri-  
sueña, con alegría de vida nueva.

"Son las buena arboledas  
que nos han visto jugar,

(Pasa a la página 17)

## PEQUEÑA CRONICA DE SANTA CRUZ

(Viene de la pág. 5)

cuando eran nuestros cabellos  
rubios y, con nieve en ellos,  
nos han de ver meditar".

Caserones de ennegrecidas tejas canarias, agrietados mu-  
ros y estampas de un Santa Cruz que nos llega como un ar-  
monioso tañido de campanas lejanas o de las que, allí mismo,  
desgranaban las que en la torre, alta y pétrea, es aún como  
un símbolo que, impasible, contempla el amplio firmamento  
mientras la brisa disipa la humareda y mece la arboleda que,  
en sombras, mantiene aún el frescor de sus hojas y la peren-  
nidad de sus verdes.

Allá, sobre los montes lejanos — hombros de la Isla to-  
da — quedan algunas brasas de la tarde que muere y, ante  
el pálido lienzo, la torre afilada parece apuntar a la estrella  
que, como una lágrima, se clava en el azul celeste del cielo  
de Santa Cruz, de la ciudad que aquí fue y, por paradoja,  
aún es.

cepció  
cutore  
enseñ  
sable  
duro y  
allí ha  
volunt  
sabiliz  
Nos  
progre  
perime  
mo vo  
los pr

**"TENGA COCHE" ¡PISO! "AMUEBLE**

**A PAGUE SOLAMENTE 2.000 PESETAS AL MES,  
C.E.C. (Club Español de Compradores  
"LO FACILITA"**

**DELEGACION PARA LAS ISLAS:**

**COMEIN CANARIAS, S.**

**LAS PALMAS**

**TENEIN**

**Avda. Escaleritas, s/n. (frente a Cáritas)**

**Méndez N**